

La muerte civil del escritor uruguayo. Persecución y destierro

Martínez-Moreno, Carlos

Carlos Martínez Moreno: Escritor Uruguayo.

PRIMER TIEMPO: EL EXILIO INTERIOR

Si bien la situación espiritual, intelectual y cívica del escritor uruguayo es hoy directamente imposible, los grados relativos de ese disfavor vienen de mucho antes.

Gracias a su brillante Generación del Novecientos, el país adquirió, desde principios de siglo, fama de evolucionado y muy culto; pero esa era apenas algo más que una apariencia elitesca, se originaba en un momento especialmente afortunado de la historia de su **intelligentsia**. Y la historia de la **intelligentsia** uruguaya ha andado, desgraciadamente, muy desencontrada con la historia del Uruguay.

I

Después de aquella época que produjo a Rodó, Vaz Ferreira (María Eugenia y Carlos), Delmira Agustini, Horacio Quiroga, Carlos Reyles, Herrera y Reissig, Javier de Viana y Florencio Sánchez, el país asistió al auge de la era batllista. Batlle y Ordóñez - aunque mayor en algunos años a los escritores que he nombrado - era un hombre todavía joven cuando comenzó el siglo XX; y sus dos presidencias dominan las dos primeras décadas de la nueva centuria.

Con el batllismo, la situación del escritor fue equívoca, en sus términos generales: podría argumentarse que Batlle receló del escritor, salvo en cuanto lo convirtiera a su favor político, como fue el caso de Eduardo Acevedo Díaz, primer novelista en serio del país y circunstancial aliado político de Batlle desde las filas de un partido tradicionalmente opuesto al suyo. Debe reconocerse que Batlle malquiso y acaso en alguna medida persiguió a Rodó, pero eso no se debió solamente a una discrepancia en las ideas, jacobinas en el político y de fondo cristiano en el escritor, sino también, y principalmente, a la militancia política y parlamentaria antiolegialista de Rodó. Cuando el escritor fue también un político y sirvió en sus

filas, Batlle pudo ser sensible a su condición de escritor: fue el caso de su relación con Domingo Arena. Si no lo tenía de algún modo en sus filas le era indiferente, como le fue indiferente en su inopia Herrera y Reissig, el poeta más grande que haya tenido el país.

En lo que más importa, en el Uruguay Batllista que viene a morir sobre la apoteosis del Centenario de la institucionalidad nacional (1830-1930: Batlle había muerto menos de un año antes de esta última fecha) el escritor pudo ser absorbido por el aparato estatal, incorporado a sus cuadros burocráticos - desde los niveles de ministerios y cámaras, desde los de embajadas y consulados hasta los más modestos y oscuros de la oficina pública - pero eso no significó que se le tuviera un aprecio particular por su condición específica de escritor: generalmente el nuevo destino lo desestimulaba de seguir escribiendo, cambiaba las condiciones de su vida y con ellas las de su vocación, y el **establishment** batllista capitalizaba su prestigio, sin querer especialmente su obra ni hacer por ella. Alrededor de esa fecha clave, la del Centenario, hay que señalar la quiebra de tal situación. A partir de entonces, y en la crisis económica y política de los años que vendrán (crac de la Bolsa de Nueva York, dictadura uruguaya de 1933-38), el escritor empieza a manifestarse como un desafecto y, en los casos más altivos, como un rebelde. Y el Estado paternalista, ya herido de muerte, acaba por desinteresarse de él.

Empieza a hacerse más sensible, a partir de entonces, una curiosa diacronía entre las reputaciones literarias oficiales y las reputaciones literarias actuantes en la vida intelectual del país. Por años y años, el país sigue medrando espiritualmente de las glorias que tuvo y de las que se van acallando. El Uruguay es "el país de Rodó" y el país se viste con la obra de Rodó a partir del tiempo en que fuera de fronteras empieza a cuestionarse la actualidad programática de esa obra y cuando la persona de Rodó ya ha desaparecido. El Uruguay exporta el prestigio literario de Juana de Ibarbourou cuando la poetisa ha entrado en la decadencia y la senilidad, y cuando su ejecutoria ciudadana inocentona sirve a cualquier gobierno y se presta a cualquier condecoración (hace algún tiempo se empezó con ella la condecoración de la Orden del Protector de los Pueblos Libres, que luego ha seguido con Banzer, Stroessner y Pinochet).

La Academia Nacional de Letras, los jurados oficiales de literatura sólo interesan a los próceres o a los aspirantes a tales; no a los escritores verdaderos. No han sido académicos, en mi país, ni Espinola, ni Onetti, ni Real de Azúa, ni Liber Falco, ni Idea Vilariño. Tampoco, y salvo aisladas excepciones, gente de auténtica valía profesional ha integrado los jurados de remuneraciones oficiales a las letras.

Los premios literarios se conceden entre amigos, también con excepciones. Cuando el escritor Zavala Muñiz (para entonces apagado como tal) ocupa un Ministerio de Instrucción Pública o un sillón de consejero de gobierno, prohija una ley de Remuneraciones Literarias. Esa ley se hace cargo implícito de las deserciones de los escritores a los certámenes oficiales y los fuerza a participar en ellos del siguiente modo: la Biblioteca Nacional remite al ministerio los libros publicados durante el año y son ellos los que concursan. Obtenida esta inserción automática y obligatoria de lo publicado en lo concursable, el criterio sigue siendo pasatista y azaroso; y las garantías, frente a las fuerzas del circulito y del amiguísmo, siguen siendo mínimas. E incluso fuera del juego de los intereses, parece haber existido el concepto de que la coronación que supone un gran premio literario debe ser juiciosamente tardía. Hasta llegar al desmoronamiento actual, en que se premia según una dirección ideológica determinada y el Premio Nacional se otorga a mediocridades bienquistas con el régimen, y el Gran Premio a caballeros decrepitos; es evidente que ha existido siempre una tendencia a diferir los reconocimientos Oficiales en el tiempo: por lo general, se premia a un escritor cuando éste ya ha dejado de tener vigencia.

La **Revista Nacional**, de la que tan a menudo se recuerda que fue fundada por Rodó, ha sido, durante lustros, una suerte de mausoleo de las letras muertas del Uruguay. Con muy contadas excepciones, nadie que sirva ha escrito en ella por los años de los años; el erario malgasta allí el dinero que rehusaría prestar a los jóvenes, por más talento que le demostrasen.

//

Este no es, con todo, el frente más importante. En un país con una sola Universidad, la lucha contra la Universidad - foco de subversión en el concepto de sucesivos gobiernos - ha sido, en los órdenes más activos, una agresión contra la cultura; por lo menos lo era mientras la Universidad fue viva, disconformista, revoltosa y autónoma. Hoy que la Universidad está en manos del oficialismo y es gobernada por fracasados y resentidos, por frustrados y mediocres, ella misma se ha convertido en ese atentado permanente contra los órdenes creadores del quehacer intelectual del país.

A su vez, los ataques contra la Universidad fueron parte de un plan más amplio: el que subordinó toda la enseñanza del país a los intereses y a las verdades del régimen y la constriñó a ser una grotesca parodia de ellos en cultura, humanidades y ciencias. La persecución a los docentes, la virtual destrucción del organismo

oficial que los preparaba con resultados ciertos de idoneidad, todo eso, complementado con una desconfianza ideológica que ha llevado a considerar la libertad de cátedra como una forma de la sedición y del caos, ha significado otro modo de lucha contra los intelectuales y, dentro de ese campo, otra manera de hostilidad contra los escritores en persona y en obra.

Uruguay significa un mercado pequeño y de poco interés para la industria del libro. A favor de un auge cultural que puede haber abarcado desde el principio de la década de los cincuenta hasta la segunda mitad de la década de los años sesenta, alentó en el país un Teatro Independiente de insólitas calidades y una posibilidad editorial incipiente pero auspiciosa. Todo eso vino a arruinarse con la quiebra del liberalismo, a partir de fines de 1967 (concretamente, a partir del gobierno de Pacheco Areco). El gobierno se dio a clausurar diarios y periódicos, a prohibir palabras, a prohibir conceptos. El semanario **Marcha**, por más que discutible y hasta por polémico uno de los centros vivos y fermentales de la cultura del país, sobrevivió accidentalmente hasta 1974, en que fue clausurado. Pero sus últimos años ocurrieron tan a la defensiva, que el protagonista de esa fase del ciclo fue el poder político, con sus audacias y sus excesos. En un país en el cual, por la escala reducida a que se habían dado hasta entonces todos los fenómenos, el espécimen del escritor profesional no existía, todas estas mermas, todas estas cortapisas sobre el menester cultural y las personas que lo cumplían eran inevitablemente formas de depreciación del escritor, de recelo hacia el escritor, de descaecimiento del trabajo del escritor en la suma del panorama nacional. Sea como sea, hasta allí se había llegado sin proscripciones totalizantes, sin formas de "muerte civil" y sin riesgos para la libertad creados por el acto mismo de escribir. Esos eran males que nos esperaban en la etapa siguiente.

///

Desde mediados de 1973 existe en el Uruguay un régimen de facto, en el cual las disponibilidades reales de poder las tienen los militares y la tenue fachadita civil es sólo, parafraseando la definición de La Rochefoucauld, un homenaje rendido a la antigua virtud republicana.

A partir de esa fecha, el descaecimiento de la condición del escritor como espíritu independiente (tal como una vez la definió el P.E.N. Club Internacional) ha sido total. La actividad del docente o del director de teatro o del maestro de las artes aplicadas a la escena y el cometido del escritor suelen darse en una misma persona. Cuando se persigue a la primera se afecta de lleno al segundo. Pero no son esas

mermas las que aquí tomaremos en cuenta, como no haremos caudal del escritor que se halle preso por haber militado en la guerrilla. No. El tema de este capítulo es el del escritor perseguido en cuanto escritor y en el cuadro de su persona y de sus obras, por la sola razón de lo que ha escrito y/o de su presunta disconformidad política; una disconformidad que se presupone, porque no existe tampoco espacio dónde expresarla.

La historia arranca antes de la fecha que acabamos de dar.

La **Feria Nacional del Libro y del Grabado**, que comenzó con cierto brillo y disfrutaba inicialmente del auspicio material del Municipio de Montevideo, comenzó a ser cercada, relegada y limitada. Hoy agoniza en el jardín de una sede de profesionales católicos, lejos del centro de Montevideo, y se ha convertido en una desmedrada ocasión de nostalgia para sus convencidos. Por razones explicables (aunque no compartibles) sus organizadores han admitido esa declinación, que la ha trasladado desde el más transitado centro de la ciudad a la grava de un barrio residencial sin espesor de gente, antes que proceder a clausurar la Feria. Y aún en ese reducido rincón, han incidido sobre ellas las proscripciones. En la víspera de cada Navidad (la muestra se realiza en esos idas) funcionarios policiales visitan los ya lánguidos **stands** y disponen cuáles libros pueden exhibirse y cuáles no, qué autores sí y qué autores no. Es una prohibición a medias, o lo fue por un tiempo: la de mostrar ciertos libros y autores en quioscos al público asistente en masa, no todavía la de venderlos al lector individual en el interior de las librerías.

Este aparato de restricciones configura una sola entre las varias formas de la "muerte civil" del escritor independiente en el Uruguay. Tampoco puede nombrársele, en diarios y revistas, ni siquiera a propósito de libros que haya editado en el extranjero; tampoco puede dar conferencias y nada digamos de la posibilidad de integrar organizaciones gremiales de escritores, porque hace tiempo que ya no las hay en Uruguay.

Mucho antes de que el Acta Institucional No. 4 decretara la casación (interdicción de actividad cívica) de todos los integrantes de las listas electorales de 1966 y 1971 - una de las tantas sanciones retroactivas hoy imperantes en el país - ya ciertos escritores, que eran los más - y, digámoslo sin miedo, los mejores - estaban prohibidos. Prohibidos como personas, aunque todavía pudiese adquirirse en librerías el remanente libresco - más o menos recatado en anaqueles - de sus obras anteriores. Había grados: de Mario Benedetti absolutamente nada, de Onetti

todavía solían verse libros de otro tiempo en los estantes de las librerías y en los armarcos de alambre de los supermercados o de los quioscos de los balnearios. Pero ninguno de ellos daba conferencias, de ninguno de ellos se computaba ningún modo de la presencia en público.

De ahí se pasó a más. Cuando Onetti integró un jurado literario de **Marcha** y suscribió, con reparos en lo relativo a algunas crudezas sexuales del texto premiado, el fallo dado a publicidad, se le encarceló por más de tres meses, en régimen de medidas prontas de seguridad, junto a otro jurado (el tercero estaba en el exterior y se abstuvo de regresar al país) y al director, redactor responsable y subdirector del semanario en cuestión. (Del autor del cuento hablaremos después, porque esa es otra historia). Y cuando en México los periodistas preguntaron al ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay por qué estaba preso el más famoso de los escritores vivos del país, el ministro respondió, con mucho desenfado, que por pornografista .

Estando yo mismo en el exterior, he leído en la prensa española que el Estado Mayor Conjunto del Uruguay ha prohibido que se consultase en la Biblioteca Nacional la prensa escrita del período 1950-1974, ha librado la consulta de la prensa escrita entre 1880 y 1925 al requisito de que los investigadores que la requieran sean previamente aprobados por la Policía, ha vetado un periódico dirigido por el educador máximo del país, José Pedro Varela, porque en sus páginas figura la traducción de un artículo de Marx y por último ha proscrito a la consulta y a la venta pública a diez escritores, uno de quienes soy yo mismo. (Tres de esos diez escritores murieron antes de la apertura del actual régimen uruguayo).

Ya antes de ese índice, los investigadores extranjeros que solicitaban la colección de **Marcha** en la Biblioteca Nacional, recibían la respuesta invariable de que no podía suministrárseles porque se hallaba sometida a tareas de encuadernación.

Se trata, pues, de algo más que de censura o de autocensura: es que no se puede circular una obra, es que no puede editársele en el país ni venderla en él si proviene del extranjero, es que no pueden consultarse los periódicos de décadas y décadas de la vida cultural del país en las hemerotecas públicas creadas para conservarlos. Y en algunas de las privadas, los allanamientos de la autoridad los han hecho desaparecer por la vía de la incautación o del secuestro; y hasta se dice que por la del auto de fe.

El argumento es, en todos los casos, el de la subversión o, mejor dicho, el de la necesidad de custodiar el orden público contra la subversión y sus fuentes. Los escritores son izquierdistas en su gran mayoría, comunistas algunos. Aunque su obra sea de ficción o de poesía y no de doctrina marxista, la prohibición les alcanza. Se trata de crear un nuevo país en el cual ninguno de estos gérmenes de disolución pueda sobrevivir.

IV

Cuando a Solzhenitsyn se le impide salir de la URSS para recibir el Premio Nobel o se le impide publicar en su patria y por último se le destierra - torpes extremos todos ellos, violatorios de los fueros del escritor y de los fueros del individuo - la prensa del Uruguay y la del mundo entero se escandalizan. Cuando un ignoto escritor joven del Uruguay, Nelson Marra, se pasa más de tres años preso por haber escrito un relato considerado injurioso por la Policía, casi nadie se entera. Marra es el autor del cuento "El guardaespaldas". que costó a sus colegas Onetti y Mercedes Rein casi cuatro meses de prisión administrativa. Procesado él por la justicia militar, fue alojado en la penitenciaría de los presos comunes y ha estado allí desde el otoño uruguayo de 1974. No tengo que consentir que el cuento me guste para evaluar el tremendo desorden que supone ese hecho. Los mártires de la letra escrita no tienen por qué ser los mejores escritores; son eso, los mártires. Otro de ellos, en el Uruguay, es un abogado con aficiones de historiador, Alfonso Fernández Cabrelli. Escribió, antes del advenimiento del régimen actual, un ensayo histórico del que podía deducirse un cotejo entre las figuras de Artigas y de Ernesto Guevara, entre las huestes de Artigas y las de la sedición tupamara. Se le consideró incurso en delitos del Código Penal Militar y se le recluyó, como a Marra, en la penitenciaría. Tampoco preciso aprobar a Fernández Cabrelli historiador, para exponer su situación de víctima relevante del oficio de escribir.

SEGUNDO TIEMPO: EL EXILIO EXTERIOR

No me queda casi espacio para esta segunda parte. Una vez una investigadora norteamericana me preguntó si yo creía que existiese una literatura uruguaya del exilio, de la diáspora. Con prudencia de fondo, ajena a los riesgos posibles de dar cualquier opinión en el país y permanecer en él, dije que no; porque la verdad es que, como **corpus**, no la hay. Los escritores uruguayos han emigrado a distintos sitios del exterior; con muy contadas excepciones (la de Idea Vilariño, por ejemplo) no creo que queden hoy escritores uruguayos importantes en el país. Quedan algunos figurones oficialistas de la letra impresa, lo cual es muy otra cosa.

Y el exilio, ese exilio dispersivo y enemigo de los espesores y las consistencias de grupo, tiene casi tantos problemas como el exilio interior. Con la diferencia eminente de que en él no corre riesgos la libertad del hombre.

Es muy difícil aclimatarse a otro medio con una obra ya hecha y una vida recorrida en sus tramos principales. Es muy fácil incurrir en el error de proyectar hacia los demás la psicosis de las propias penurias y encerronas. Por ilustres que hayan sido en su hora, los emigrados españoles de la Guerra Civil 1936-39 dieron, con alguna salvedad personal, el ejemplo crepuscular del escritor que no puede cambiar de obsesión y no quiere cambiar de tema. Y si eso sucedió con una colectividad humana tan nutrida y de espectacular audiencia pública, ¿qué decir del puñado de escritores de un país sin publicidad mayor para su drama, de los refugiados de una colectividad pequeña y a trasmano en los mapas, de estos desarraigados que no cuentan siquiera con el estímulo compensatorio de ser escuchados? Porque a pesar de tantos decantados internacionalismos y tantas indudables solidaridades declarativas, los principales países a que pueda apuntar el exilio del escritor uruguayo (Venezuela, México y España) viven enclavados en la urgencia de sus propios planteamientos nacionales.

Entiendo que, en este sentido, se trata del problema del escritor como género, no de la suerte mejor o peor que puedan correr, en función de los antecedentes que hayan llevado con ellos al destierro, Fulano o Mengano. Los griegos sabían ya que el ostracismo es una de las sanciones más duras de sobrellevar por el hombre. Aun si él se da hacia países que hablen nuestro propio idioma (porque si el trasiego supone la incrustación en un medio idiomáticamente diverso, las complicaciones pueden ser más graves) el escritor, extraído de su medio, alejado de sus lugares de trabajo y asiento, aislado de sus vinculaciones humanas pierde gran parte de su potencial creador. Se vive con el tácito apoyo de una serie de valores sin posible reválida y se les siente recién cuando empiezan a faltar. Durante mucho tiempo, estuvo de moda la ociosa discusión (generada por algunas ejecutorias personales del "boom" de la narrativa latinoamericana) acerca de si el narrador **debe** o no sustraerse a su medio, así sea al precio de crear fuera de él lo que en su propio suelo, por disuasiones varias, le está prohibido hacer. Nunca me interesó el tema. Pienso que, referido al narrador (seguramente más que al poeta) había otro tema más apasionante: el de si **puede** crear lejos de los centros vivos de elaboración de su lengua, que no es ya la española sino la de su propio país. Y el de por cuánto tiempo puede. Pero es un asunto que excedería los límites de esta nota.

Por lo demás y por último, cuando el precio de la diferencia es el de la libertad del escritor y el de la dignidad de su persona, todas las opciones son superfluas: el destierro es un mal, claro que si, pero no es como bien, sino como alternativa frente a males peores, que se le escoge y asume.

(Barcelona, enero de 1978)